

poesía

La cuerda de plata

Brenda Ríos



FLECHA ROJA EDICIONES

La cuerda de plata

Brenda Ríos

La cuerda de plata

Libro primero

Un día me cansé de hospitales y me dejé morir,

solitariamente, mansamente, dulce.

La muerte que yo elijo, la mía, la que me pertenece.

Un día me cansé de no llegar a ningún lado,

de lo vano, lo febril, lo corporativo

y dejé de ir al trabajo.

Pude mirar por fin ya sin pudor

a los que se besan en la calle

pude mirar al enemigo

sin rencor, limpia.

Dejarme morir fue aceptar que vivía,

y el dolor que me recuerda que ésta es mi carne.

Libro segundo

Me prohibieron cantar,
pero tengo la garganta llena de voces,
tengo un coro en mí que se lanza contra mi piel,
rebelde, luminoso,
pero estéril.

Tengo el mar y sus olas,
las gaviotas enloquecidas cantan por mí...
entonces puedo seguir el canto en mi mente,
ya no material, ya no palpable.

Me gustaría tenderme al sol,
desnuda en la arena,
dormir en el agua, dejarme llevar,
tenderme a la muerte que nos alcanza hasta en la nimiedad del juego infantil.
Pero soy consciente de este cuerpo,
y lo cubro pese al calor,
lo protejo aún, como si todavía importara.
La primavera llega y no sonrío.

Me prohibieron hablar en clase y en la mesa,

las malas palabras, los malos pensamientos,
los dulces, ciertos juegos,
llegar tarde, faltar al trabajo.

Soy después de todo esto
un objeto largamente construido de una represión impulsada,
una labor minuciosa y bien cuidada de la voz que ordena la comida por mí.

Tengo ganas de salir y perderme en un bosque cuando llueva,
de mirarme en el espejo y decir ésta también es mi carne...

Libro tercero

Mi madre se despertó al alba
para asistir al templo.

A mí, en la penumbra de esta aurora
me llegaron estas palabras:
para qué este nombre
que no me oculta, que no me sirve.

Para qué esta gracia de adivinar
el llanto, para escuchar en silencio
los gritos de los otros,
no soy más que un tronco seco en la orilla
de una playa desierta.

Pero digo también:
quien no haya perdido una casa que me arroje
con todas sus fuerzas
una piedra al rostro.

Libro cuarto

Yo también soy una coraza,
un elemento natural que se enrosca para ir muriendo
como los pájaros heridos que buscan un lugar para su muerte y no ser vistos,
y mueren como quiero hacerlo yo: con dignidad de animal,
furtivos al fin en nuestro destino.

No quiero tu piedad. Por favor no;
ni por un instante te apiades de mí.
Ni tu empatía, ejercicio de lo inútil, lleno de culpa como un vaso rebosante.
Quiero algo más, que necesito en verdad: un beso en la frente.
No por compasión, no; por el amor que puedes sentir por alguien que nunca has visto.
¿Serías capaz?
Como abrazar un desconocido en el metro, ¿serías capaz?
viste a esa mujer llorar en el café y no te acercaste, ¿verdad?
la pena del otro es parte del paisaje en la ciudad,
como el tráfico, los escaparates, las lágrimas,
como el ruido y las paredes graffitadas...

Pero tú te eriges superior porque no sientes, ¿no es así?
No, no eres capaz de regalar un beso de tus labios a esta frente que no implora,
pero confía.

No tengo un nombre, tengo este cuerpo.

Soy dueña de tan poco: esta voz, esta mano derecha que ahora te escribe.

Y sin embargo, soy libre.

¿Pero después de todo, para qué esta libertad?

Me levanto iracunda en medio de la nada,

como Simón del desierto, como Job ante el Señor.

Así de imprudente, así de sola,

he sido humillada mil y una veces,

he peleado una guerra por un país que no entiendo y me llama propia,

como una montaña, como un río, un valle, me llama propia.

Soy una iglesia sin imágenes, pura y limpia mas no devota.

¿Dónde está Dios cuando hablo?

¿Se esconde también él, humillado una y mil veces, como yo?

¿También él tendrá miedo, como yo, de los poderosos y los banqueros?

No se te olvide: que den la última pala de tierra a mi sepultura manos húmedas.

Libro quinto

Tengo esta sangre que se me escurre toda, que despierta la piel
en jirones líquidos, rojos, brillantes como reluciente pintura de barco.

Que contamina el suelo como en campo de batalla,
el dolor si lo hubiera, es todo mío. Pero no hay herida abierta.

Mi sangre es un tributo que yo no sé aún,
me lo dirán cuando me llegue el momento de parir, no ahora,
porque no he dado vida a nada y esta sangre es mi testigo escandaloso, inevitable;
la sangre que se esconde, que se guarda como secreto, y no lastima.

Se tira aunque sea parte nuestra.

La sangre de esta carne que no es otra que la mía.

Cómo tocarla sin que pese el símbolo de la vergüenza aprendida.

El rito de la niñez, que hay que celar y guardar silencio para que nadie sospeche.

No vine a herir a nadie, no quise hacer daño.

Pero la sangre no la detengo, es el asalto de los sentidos.

Quiero agua limpia sobre mí,
aún mi corazón está ensangrentado, pero ése no lo ven.

Todo dentro de esta piel está envuelto en una sangre compacta, agradecida,
si me sacaran los órganos uno a uno podrían verla al fin, pero me desangro y me voy sin
darles tiempo.

Imaginar al árbol que languidece por etapas, a la miel que le brota si es herido, tan generoso es. Pero no soy ese árbol.

Soy una mujer que se desangra, nada más.

Ni siquiera tengo un madero para subirme en él y abrirme de piernas y manos para que esta sangre fluya como un río hacia el valle y cure leprosos.

Pero no soy ese árbol y aún así, quiero extenderme toda,

como él,

abrir el cuerpo como se abre una ventana un día soleado,

y dejar que la sangre se vaya de mí, me deshabite, me libere.

Quiero ofrendar este cuerpo pero ya no hay dioses, ni viejos o nuevos, no hay dioses...

Entonces, no me corto las venas porque no hace falta.

Un día me cansé de tan sólo ser esta coraza hueca, descarnada, humilde,

como las palabras que me alcanzan en este lecho de muerte ya inventado, ya posible.

Algo me dice que lloverá hoy y seré por fin un cuerpo limpio, abandonado quizá, pero limpio.

¿Serás capaz si no del beso en mi frente, al menos de dejarme ir, de mirarme en la distancia cuando me pierda en ese bosque, en el mar que limpia todo, en esa calle sucia?

Sólo eso quiero, alguien que me mire de lejos cuando por fin diga:

ésta era mi carne, roja, brillante como reluciente pintura de barco,

barniz de uñas en manos de mujer que renta su cuerpo como otros rentan habitaciones;

Ah, por fin, extenderme toda...

y decir también: quiero a quien no haya perdido nunca una casa,

quiero a ése, no a otro,
para que me arroje con todas sus fuerzas una piedra al rostro.

El tiempo de agua

I

Sumida en esta humedad pregunto:

¿dónde se han ido todos?

¿A qué compuerta fueron a dar las histéricas gaviotas?

o

los pasos

de

los amantes que saltan la mañana

-antes del desayuno para nadie-.

húmedamente palidezco

nadie puede acostumbrarse a esta soledad a ciegas

o

los navíos acaban de atracar la plaza cívica

llegamos al extremo: sin mar en la ciudad abordamos

lloramos todos tanta humedad absurda, por las paredes de los edificios lloramos,

es una humedad quieta, fortalecida

en su goteo enverdecido como una montaña que nace y se encabrita

de golpe

o

los pájaros chillan y después de mucho la gente -la masa compacta que hace gente a la

gente- halla sublime los chillidos del alba,

habitamos
o
extrañamos
empobrecidos
las láminas del pan de antes de todo, la harina blanca, el aceite, la sal, el horno esperando la materia.

Llegan hasta acá los estremecimientos de agua
cae la luna deslavada pero el pleno sol no puede con tanta celosía de agua por todas partes
es un augurio
de qué
no sabemos
empobrecidos
este día este día revienta

Era el tiempo de dormir en la clemencia del agua
boca arriba
mirando con los ojos bien abiertos
estos ojos
para siempre abiertos
el cielo
la última fotografía de paisaje
las manos bien abiertas

estas manos
para siempre abiertas
para nadie
para abrazar a nadie
no perdamos el hábito
de ofrendarnos
que los manglares nos hagan dormir entre cracks monótonos de ranas y grillos
las tantas aves
porque el silencio es insoportable.

El
tiempo
y
el
agua
suben
bajan
suben
respiran
sin percatarse de otras presencias
respiran
adormilados finalmente

son las dos de la tarde en el final de primavera
cuando ya nadie es feliz y es sombría la carcajada pluvial
en este lado
los pasos crujen en la alfombra ensequecida de hojas que mueren
no perdamos el hábito de anunciar la presencia
y saludar apropiadamente sumidos en las buenas costumbres
adelgazadas
porque nada es lo mismo ya
en este lado
¿qué puedo decir?

Dí de mi lo que era

lo que

era

loca era

de mí

El estruendo duerme bajo el colchón
no perdamos la costumbre de gritar antes de caer
descubrir el pecho
extenderlo
y dejar que los capullos de la espera

nos hagan recordar los dulces instantes

o

no

Serán

los párpados

que cierran la habitación

oscura de por sí

y

tú

creyendo

en

las

centellas

de

la especie

serena especie

enamorada entre muros

el corazón

está en el pupitre.

Tienes ocho o nueve años. Comienzas a entenderlo todo.

La casa permanece oscura

hoy no traga luz de sol

me pongo en el espejo

no hay que perder el hábito

o

el rito confiado

de sacarse el alma de los ojos

antes

de salir

o

después de pertenecer

la claridad aún no se echa de menos: carcome y provoca alucinaciones.

Al fin y al cabo

el beso permanece

el único beso que pude darte

cuando salíamos corriendo del país en llamas

y la casa

en sombras

permanecías en ti cuando todos habían enloquecido

o

aplastado bajo la almohada más de mil veces su propio nombre para no olvidarse de sí
o
para dejar en lugar seguro la propiedad de la frente hirviendo la cabeza hecha pedazos
antes
de que nos pidieran pruebas
y dijéramos que nunca nos habíamos visto.

Y,
en las manos queda
la espuma
donde resbalaba tu voz
y decías tequierotequiero pero no, no todo es posible.
mira,
agradezco el símbolo y la paciencia
pero no, no todo es posible.

El árbol se encoge a mitad de la calle mientras todos festejan el gol del equipo
universitario,
el árbol se encoge y se inclina sin la excusa del aire
desinhibido en su sentimiento público.

Queda la espuma donde estaba tu voz,
queda el árbol a mitad de la calle asombrado
no entiendo, la serenidad es una cubierta totalizadora
una maquinaria sentimental
que dice
alégrate: eres libre, finalmente, para nada, después de tanto,
eres libre.

Arrodíllate y lame el suelo de floresta: si nadie te desea, si no estás en el pensamiento de
los demás, eres libre.

Abraza y encumbra tu libertad concedida, pues tuya es, la has ganado.

No corras, no grites, no mires atrás porque no has dejado nada.

Sumérgete en la calle como si fuera el río a mitad del cuerpo, húndete.

Ponte miel en las heridas para que sanen pronto y no se te ocurra empezar de nuevo,
no,

recuerda la escena de este presente:
eres tú la que ríe a mitad de nada y las manos vacías.

Pronto, muy pronto, terminará el tiempo de hojas y vendrá otro,
cualquiera que sea, será mejor.

No hay que conjugar el futuro. Ni hacerlo trocitos de planes o volverlo lujoso.

Las señoras redondas tomarán cocteles en un país más próspero que éste, hablarán de sus
matrimonios exactamente igual que los marinos hablan de tormentas,

su maquillaje se caerá por partes, como un escenario malogrado,
y no sentirán las horas que parten de ellas...

Es lo que es: tanta libertad inusitada.

Las señoras del país más próspero comen fuera de casa sin mayor culpa pasteles de queso tan cremosos como sus vestidos y sus pieles blancas, lácteas señoras de mediana edad que juran por su madre muerta que era la boda más fantástica la que fueron, la mejor cena, la mejor orquesta, el mejor viaje, el libro más fantástico que leyeron.

Tengo 33 años. He vivido poco, no sé calcular los niños que lavan los autos, no digamos reproducir panes o vasos de cerveza.

Los profetas negros cantan hip-hop y Babilonia cae de tantas formas que no importa qué es Babilonia o Egipto a menos que salgan en un documental de Discovery.

Tengo 33 años. A veces parecen 99 gastadísimos, o unos 13 precoces que espían al vecino que lava los trastes sin camisa, la mayoría sólo vivo la vida de los 33, como van: con su ritmo, su semántica atroz del declive, su inicio en la decadencia. Unos 33 sin mayores cinismos deshilados, un poco sordos y pasados de moda, confiados en la bondad de los demás sólo por llevar la contraria.

Tengo un Dios, como todos, pienso en él en las horas pico, no sé por qué pero cuando estoy en el taxi atascada en el tráfico en la claustrofobia del río de autos: el paisaje detenido, -los autos un horizonte de humo- pienso en Dios, ahí, en los minutos atorados, pienso en Dios. Jamás, jamás, en las iglesias.

Soy libre entonces.

Esta dialéctica sofoca: el doblez de ser libre.

En un país más próspero que éste hay pasteles en las vitrinas y hombres limpios de traje con el periódico bajo el brazo. Las calles arden en su higiénica larguezza.

El transporte público es puntual y suficiente,

los niños aman la escuela

las amas de casa hornean pollos enteros con puré de manzana.

El trabajo es la ideología más radical: todos son positivos y fervientes adoradores del progreso. La industria late como un corazón recién hecho.

Acá, sin embargo, la tierra se estremece una vez al mes. Vivimos encima de una línea sobre el mapa y sentimos las palpitaciones telúricas pero no de la industria.

Recuerdo la escena. Estaba arrodillada, abrazada a mí escuchando los avances del partido.

Era el día que dije no lo olvides, este día no lo olvides porque has aprendido todo lo que había para ti.

Es así. Tengo 33 y no soy experta en nada. Vivo lejos del agua y de las montañas. A mitad de la ciudad también me estremezco. Mi Dios no es posible. Me ha dejado libre. La libertad llega a mí, me envuelve, me toma del cuello y me dice al oído: todo ha sido dicho, no intentes pues, en este momento, en la sutileza o en la brutalidad, decir de lo bello o la memoria o el horror:

antes de ti hay muchos.

Duerme tu buena noche: los paraísos, pequeña, ya están abarrotados.